

Artículo presentado en 1994 en unas Jornadas de Filosofía en el Colegio Joaquín V. González. Es un intento de presentar de manera no técnica una serie de conclusiones acerca del psiquismo humano, de la producción artística y simbólica en general, y de la sociedad.

LAS REGLAS DEL JUEGO

Dr. César Lorenzano
Universidad de Buenos Aires

Quisiera reflexionar en esta ocasión acerca de un hecho de la condición humana que por su misma trivialidad tiende a pasar inadvertido, y que en algunas circunstancias me ha golpeado con la fuerza de su presencia.

Me refiero a la increíble capacidad que poseemos para aceptar reglas casi sin ponerlas en cuestión y de tomarlas por la única realidad existente, obviando que se trata sólo de eso, de reglas, de convenciones que creamos en nuestro discurrir por el mundo.

No voy a avanzar mayormente en su consideración, sino luego de narrar un par de ocasiones en las que sentí, a través de la perplejidad que imponía la situación, por primera vez la presencia oculta -y luego veremos omnipresente- de las reglas. Invito a que me acompañen mientras las relato, intentando ver y experimentar lo que percibí en esos momentos, puesto que de esta manera serán más plausibles las argumentaciones posteriores.

No las mencionaría si no creyera que sus singularidades apuntan a situaciones más generales, intersubjetivas.

La primera de ellas ocurrió durante una exposición de José Luis Cuevas, en la que la homogeneidad formal y de contenido del autor creaba un clima especial en la sala. Se trataba de una serie de dibujos en los que distintas situaciones -procesos de la Inquisición, juicios por brujería y de otras índoles, tormentos, etc.-, mostraban aspectos de las conflictivas relaciones de los hombres con el poder, protagonizadas por varias figuras, variaciones en última instancia de un único y mismo personaje, casi mítico, siempre el mismo y siempre cambiante. Pues bien. Pese ser obvio que era un artificio creado por la pluma y el lápiz de Cuevas -quien no apelaba a recursos realistas-, en un instante creí en la realidad del personaje, creí en su existencia, me sumergí en los mundos que habitaba, y participé, conmovido, de sus vicisitudes.

Fui consciente en ese momento, de la facilidad increíble que posee el arte para crear -en ocasiones con recursos muy austeros- mundos nuevos y hacernos vivir en ellos. Probablemente parte de su hálito poderoso reside en provocar vivencias de este tipo a partir de las cuales comenzamos a ver el mundo común, corriente de todos los días con ojos renovados.

La segunda experiencia que relataré se encuentra muy alejada del universo del arte. Tiene que ver con universos sórdidos de situaciones límites que armó la dictadura militar que azotó nuestro país hace más de diez años. En su testimonio, un detenido-desaparecido narra cuando -en un intento de fuga- contempla azorado, incrédulo, la tranquila campiña cordobesa, en la que transcurría la vida como si nada más sucediera en el mundo que ese cielo azul, ese pastizal barrido por el viento. Encerrado entre las paredes del campo de exterminio que fue La

Perla, había llegado a creer que ese sitio brutal era el único mundo posible. La realidad de otro mundo -radicalmente distinto, calmo y feliz-, le era imposible de concebir fuera de la fantasía, aunque sólo lo separara de él una simple pared. La fantasía o los recuerdos, quizás los últimos recursos para resistir la destrucción psicológica y física por la tortura.

¿Cómo era posible que me hubiera introducido en el universo de Cuevas, y hubiera sufrido con su personaje la inquisición y la persecución, físicamente, con un rechazo visceral?

¿Cómo era posible que el prisionero hubiera llegado a pensar que el mundo era una enorme Perla, que el campo de concentración era lo único existente, un mundo en el que debía sobrevivir, y simultáneamente rechazar?

Quizás mis preguntas sólo descubrían en otros contextos inesperados la extrañeza de la experiencia antropológica, ese aprender -asombrados- frente a otras culturas diferentes, que nuestras pautas no son las únicas posibles, y quizás tampoco las mejores. Que no hay pautas únicas o privilegiadas. Que hay otros mundos, además del nuestro. Descubrían que los mundos del arte o de la tortura también existen, con sus reglas propias

El primero nos mostraba con más nitidez que los viajes por tierras lejanas la facilidad que poseemos para instalarnos en infinitos mundos posibles, por más artificiales que parezcan a simple vista. El dibujo de Cuevas, que aparentemente no pretendía crear ilusiones, era mucho más apto para poner de relieve el fenómeno que esas grandes fábricas de sueños que son el cine o el teatro.

Nos mostraba, además, la casi superposición de las reglas de ese mundo -las relaciones humanas, sus conflictos, sus personajes, sus contenidos simbólicos-, con estructuras visuales, dado que era únicamente a partir de la percepción que las entendíamos.

En el siguiente, percibíamos, a través de ese choque de mundos opuestos y excluyentes que contempla el prisionero cuando llega al aire libre, la construcción previa de un orden asfixiante, opresivo, único, a golpes de brutalidad.

En ambas ocasiones conocimos mundos distintos al nuestros, y aprendimos a ver el universo según sus reglas. Era además evidente que estas reglas que ponían orden en la percepción, que aprehendíamos con la percepción, eran creaciones humanas.

Contrariamente a los sistemas normativos que nos son más familiares, codificados y escritos, en ellas casi no intervenía la palabra, no eran generadas por la palabra.

Es a esto a lo que me voy a referir. A estas reglas construidas por el hombre que crean mundos que habitamos con toda naturalidad, y que vemos como máxima expresión de realidad.

No voy a hablar directamente de ciencia o de ética, sino de estas construcciones que son anteriores y que las fundamentan al punto de que puedo pensar que -siendo tan centrales como lo son- no son sino una de las tantas manifestaciones de las reglas.

Súbitamente había pasado del uso inconsciente de las reglas a sentir su presencia, al reconocimiento de su presencia. Además, en la de fiebre del descubrimiento, había intuido que el mismo fenómeno podía darse en casi infinitas situaciones de nuestra vida, y que si

ahondaba con más detenimiento en las situaciones arquetípicas que acabo de narrar, podía aplicar luego sus esquemas a situaciones similares.

Miré entonces los dibujos de Cuevas, y me sumergí en su mundo. Miré las paredes, miré por la ventana, y constaté que había salido, bruscamente, sin transiciones, de él. Fui capaz de contemplar ahora el mundo cotidiano, el mundo de todos los días, en el que volvía a estar inmerso, otro sistema de reglas, sin que se contradijera con este mundo de dibujos que se encontraba -casi superpuesto- a su lado.

La mirada va y viene, y me sumerjo en un mundo y en el otro.

Sé que el secuestrado de La Perla puede mirar la ruta y la campiña, y estar allí, en ese mundo, en libertad, fuera del campo de concentración, perteneciendo a ese mundo. Sé que si enfoca un poco más cerca, en los límites del encierro, está otra vez adentro.

Es posible que si entre una y otra percepción alternativa de la ruta y el campo de concentración, mirara -imposiblemente- los dibujos de Cuevas entraría también en ese otro mundo del arte.

Al igual que las Gestalten, los sistemas de reglas coexistían sin mezclas, sin contradicciones, unos al lado de los otros. Como en un ejemplo clásico de psicología -en el que en un mismo dibujo nos muestra un conejo o un ciervo, pero no ambos a la vez, ni una mezcla de ellos- se veían alternativamente uno al lado del otro el mundo cotidiano, el del campo de concentración y el de Cuevas. También, como sucede con las Gestalten, aprehendía directamente, por la simple percepción, qué era posible y qué no lo era en esos mundos. No sólo qué era coherente con su organización visual, sino también cómo debíamos movernos en ellos.

Condicionaban -sin que tuviéramos que pensarlo- nuestra actividad. Eran nuestro conocimiento práctico de esos mundos.

¿Cuántos mundos, cuántos sistemas de reglas, cuántas Gestalten coexisten en nosotros, para nosotros?

Nuestra intuición nos decía que son múltiples, tan numerosos como mundos diferentes hay en la sociedad y en el arte. En la ciencia, en el deporte, en la economía, en la política, en los juegos, en las religiones, en las filosofías.

Por supuesto, no creo ser el único en pensar que la experiencia humana consiste en encuadrar el mundo con sistemas de reglas que determinan formas de ver. Probablemente otros también hayan tenido esta particular vivencia de contemplar casi sin mediaciones, casi directamente a los esquemas de orden, de conocimiento, de acción y de percepción, de tal manera que llegaran a experimentarlos con una materialidad insospechada, como el personaje de Sartre en "La náusea", advierte -ve- la existencia desnuda, imponente, del árbol que se extiende a su lado, vivo y existente -obscuramente existente- como él mismo.

Quienes piensan así pertenecen a una amplia corriente que excluye con probabilidad sólo a idealistas o empiristas extremos. Ambos creen que conocen la realidad tal cual es, sin admitir mediación alguna entre su razón o sus sentidos.

Si nos apartamos de estas seguridades filosóficas, advertiremos que nos encontramos por fuera de cualquier diagrama clásico con sus relaciones entre un sujeto y un objeto, sean estos definidos de la manera que sea.

Ha sido probablemente la tradición kantiana la que ha percibido en toda su amplitud las consecuencias de aceptar que nuestra relación con el mundo se encuentra para siempre mediada por unas reglas ordenadoras, condición de posibilidad de toda experiencia posible.

Concordábamos que entre sujeto y objeto se interponía un tercer elemento, constituido por los sistemas de reglas. Mas alejados para siempre de un conocimiento verdadero y definitivo, no podíamos aceptar ya con Kant que las reglas sean únicas, fijas e invariables, ni en la ciencia, ni en la vida. Tampoco que nos esperaran, perfectas y definitivas, en el final de la Historia.

¿Qué son estas reglas, entonces, si vivimos en una historia interminable, si no poseemos un conocimiento definitivo, ni nuestra relación con los otros permanece invariable?

¿Qué son, si quizás el mejor espejo de la condición humana sea la de un Sísifo que nunca se rinde, y recomienza cada día, construyendo para sí y para los otros, con los otros?

Tendremos que admitir que son una creación humana, y la misma condición de su supervivencia, cuando los mecanismos puramente fisiológicos dejan de actuar, cuando la adaptación de la especie a los climas más extremos, en mundos de abundancia o escasez no depende ya de los recursos biológicos. Cuando los seres humanos deben construir un mundo artificial en el que vivir, adaptando la naturaleza a sus necesidades y garantizando esa adaptación a su descendencia.

Existen, lo sé, reglas que son puramente cognoscitivas, otras que son prácticas, otras perceptuales, otras simbólicas, otras afectivas.

Existen otras cuya único efecto consiste en que nuestras relaciones cotidiana no sean caóticas, informes, sino que discurran por carriles que poseen alguna regularidad, agotándose en esta simple sociabilidad.

Existen otras que son un puro juego.

Existen las reglas del mito, el deseo y la fantasía, que guían y dan sustento a las demás.

Sin embargo, no son estas reglas, sino sistemas más complejos, más significativos, que se construyen con estos ladrillos básicos, los que interesan a los fines adaptativos de la especie.

Mientras las reglas más básicas se encuentran listas para todo uso, aplicables en todo contexto, los sistemas de reglas se diferencian en un largo proceso histórico, de tal manera que se especializan para sectores limitados del quehacer humano. Son tradiciones que comparten vastas comunidades, quienes las emplean, las extienden y las perfeccionan durante generaciones.

Al contrario de las reglas puramente individuales o meramente lúdicas, generan una práctica en cuyo transcurso se elaboran productos de uso inmediato -que lo sabemos, se encuentran cargados de significados, de simbolismos-, y otros que son puramente simbólicos que hacen a los significados de toda la sociedad.

En ellas se realiza la especie. Su supervivencia física e intelectual.

Por lo contrario, las reglas destructivas de los mundos de la tortura y la violencia, expresarían una falla en la construcción de los procesos adaptativos culturales por parte de ese imperfecto ser biológico que es el hombre. Una excrecencia que debe ser erradicada.

Pensé, en ese momento, que los sistemas de reglas eran la clave por la cual nos movíamos con un conocimiento tácito, inconsciente, en esos múltiples, diferentes mundo sociales.

Comencé entonces a explorar sus mecanismos de formación.

Lo más evidente era que el primero se había formado por el solo ejercicio de la mirada recorriendo la exposición, el otro por la enseñanza coercitiva de los guardianes. Aunque era consciente de que los golpes o la mirada no podían ser esas las únicas formas de aprendizaje.

¿Y si en vez de ser un simple espectador fuera un aprendiz en el taller de Cuevas? Probablemente en este caso las formaría mejor, más rápida, más eficientemente, más ajustadas al dibujo de Cuevas, a la propia estructura de reglas a partir de los que se han generado, y que residen en el psiquismo de Cuevas.

El procedimiento de aprendizaje consistiría en imitar los dibujos de Cueva, con éste corrigiendo los errores. Imitación, acción, ensayo y error, corrección guiada.

Aprendería así las desviaciones admisibles de las reglas -del modelo-, los límites de modificaciones a los que puedo someter la gestalt sin que deje de ser ella misma, para ser otra. Aprendería cómo los dibujos y las situaciones cambian, permaneciendo sin embargo siempre reconocibles en su pertenecía al mismo género de personajes y vivencias que pueblan el universo de Cuevas.

¿Se aprenderá de la misma manera en la vida cotidiana, y quizás siempre, en cualquier sistema de reglas? Si este fuera el caso, ¿qué se imita, quién corrige, amorosa o coercitivamente, en qué circunstancia?

Desde la más temprana infancia, hago mías las reglas de la vida cotidiana. Veo comportamientos, imito comportamientos, y me corrigen comportamientos: esto está bien hecho, esto está mal, esto puede mejorarse.

Lo experimento a veces solo, aprendo de mis errores. En otras ocasiones me guía quien tiene autoridad para hacerlo: padres, mayores, compañeros, maestros. Quizás cualquiera que me enseñe, de niño o de adulto, en cualquier sistema de reglas sea un maestro.

Cada sistema de reglas delimita un mundo posible. Un mundo en el que aprendí a moverme, perceptual o realmente: veo o actúo, veo y actúo.

Los mundos posibles están ahí, a la espera que yo me incorpore a ellos y actúe según sus reglas.

Son escenarios en los que me muevo, adaptándome cuando paso de uno a otro. Como un viejo actor, mudo de rostro, adopto las reglas, las ideologías implícitas con las que concuerdo o me revelo, luego de empaparne en ellas.

Curiosamente, “escenario” significa “mundo posible” en la terminología de los economistas, y también designa aquel lugar en el que se representan obras de teatro.

La metáfora del actor me hace ver que los mundo posibles son también escenarios -literalmente- en los que juego mi rol, yo, o cualquier otro actor social, cuando discurrimos por ellos.

Si ahora vuelvo a mi experiencia con los dibujos de Cuevas, y me traslado para su mejor aprendizaje al taller del dibujante para que me guíen y me corrijan los errores, veo que se trata de un *escenario artificial*, montado especialmente para la enseñanza.

En él aprendo -y quizás ocurra en cada escenario de enseñanza- no sólo a deslizar mi lápiz, sino a evocar un cierto sentimiento sin el cual no podría dibujar correctamente esas escenas terribles.

Acciones, Gestalten, son parte de las reglas, y ahora lo percibo claramente, también lo son los sentimientos, los mismos, de la misma índole que los que me despertaba la exposición, y probablemente los mismos que tuviera Cuevas cuando los dibujaba.

Podría incluso no haber palabras, o aprender de la misma manera -imitación, corrección, ensayo y error-, las palabras adecuadas a ese mundo, puesto que Cuevas guiaría mi mano, corrigiendo sus errores, tanto asintiendo con la cabeza si estuviera en lo correcto, como dando nombre a cada acción dentro del sistema de reglas.

La situación sería similar a la que muestra Wittgenstein en el aprendizaje de un lenguaje elemental, en la que un albañil enseña a un peón a alcanzarle materiales de construcción. Lo entrena mostrándole piedras cúbicas, ladrillos, losetas, vigas, columnas, al tiempo que pronuncia la palabra correspondiente: “cubo”, “ladrillo”, etc. Podría ser más complejo, si se le añade números, señalamientos de adónde llevar los materiales, etc.

Al mismo tiempo, Wittgenstein argumenta -mostrando- que no existe tal cosa como “el lenguaje”, sino múltiples “juegos de lenguaje”, con diversos propósitos y finalidades. El del albañil, el de las matemáticas, el de los lugares. A los que pudieran seguir los demás juegos. De la ciencia. De la metafísica. Del arte.

Pienso ahora en mi aprendizaje con Cuevas. Resulta claro que se trata de un “juego”, en el sentido de Wittgenstein. Un juego entre numerosos juegos posibles. Un juego jugado en un escenario adecuado, aquél que es apto para que se aprenda y se desarrolle. Un juego en el que se aprenden sobre todo sistemas de reglas, en una situación algo más compleja a la que plantea Wittgenstein para el aprendizaje de un lenguaje.

A decir verdad, si acepto que el taller de Cuevas -como antes la sala de exposición- es un escenario apto para el juego del arte, pareciera que estuviera nombrando juegos *escénicos*, en el que mi aprendizaje de dibujo, y mi pasaje por la sala de exposición fueran representaciones teatrales en las que imito comportamientos de otros actores, y en el ínterin interiorizo, hago mías las reglas que los rigen.

Si esto fuera así, también las reglas de la vida cotidiana se aprendieron de esta manera no discursiva, en la imitación teatralizada de conductas estructuradas por las reglas, corregidas en nuestro afán de imitación -o compelidos a ello- por quien tiene autoridad.

Esa escena -esas escenas- que representamos son encarnación -modélica-, además de las reglas, de la estructura perceptual que me permite reconocerla y situarme correctamente como un actor que conoce sus líneas y el tono emocional adecuado, y quizás también su discurso justificativo.

Quienes pergeñaron el sistema educativo -y también el sistema estatal-, intuyeron el papel que juegan las ceremonias, los ritos, como repeticiones de escenas, teatralizaciones en las que representamos los papeles de pequeño patriota, de alumno modelo, de trabajador aplicado, con los que se fijan los comportamientos de miembro común de una sociedad dada, el sentido común más extensamente compartido de esa sociedad. Lo reforzamos cuando más tarde, de adultos, asistimos a representaciones de festejos patrios, a ceremonias comunes.

¿Y si acaso nuestra vida fuera un continuo pasar de escenario en escenario, en los que representamos roles sucesivos, desde el cotidiano de habitante común de una sociedad con sus preocupaciones y percepciones, a los de médico, filósofo, fotógrafo, tenista, aerobista, padre, esposo, profesor universitario, escritor, crítico de arte, historiador de la ciencia?

Cada escenario con su propio sistema de reglas, su propia percepción, sus propios sistemas valorativos, estéticos y justificativos, aprendidos en la representación teatralizada de roles específicos, en algunos más o menos espontáneamente, en otros por ceremoniales que poseen casi en estado puro los elementos y relaciones fundamentales del juego.

Cada representación acentúa nuestra posición en el escenario, acentúa las reglas que lo gobiernan. Nuestra actuación no es neutra. Modifican, en mayor o menor grado, las reglas en los otros y en nuestra subjetividad.

Si este fuera el caso, si transitáramos por múltiples escenarios, unos tan vasto como para que nuestro papel figure junto a los papeles -las representaciones- de toda la humanidad, otros tan pequeños como para que sean parte del eterno juego de hombre y mujer, entonces nuestro psiquismo estaría amueblado por un extenso número de sistemas de reglas. No una gran concepción del mundo, general y unitaria, sino múltiples estructuras, algunas muy lejanas, tanto que ni siquiera se tocan -como las que rigen a filósofos y buzos, médicos y tenistas, fotógrafos o bricoleurs-; otras que se intersectan, como las que comparten médicos de pueblo, especialistas en diagnóstico por imágenes o redactores de programas de estudio en medicina.

Advierto, cuando me veo transitando de escenario en escenario, que éstos no están armados instantáneamente para cobijar mi presencia, existiendo o desapareciendo si juego o no mi rol en ellos, creados de la nada especialmente para mí.

En ellos se juegan sistemas de reglas de larga historia, a las que apporto mi propio parlamento, fabricado con su material. Otros los crearon, otros los sostienen, otros los comparten conmigo y otros los continuarán.

Yo solo voy de paso por ellos, recreándolos, sosteniéndolos continuamente cuando estoy presente, tomando la posta y dejándola cuando paso a otro escenario. Modificándolos en

alguna medida, mayor si es mayor mi compromiso en ellos, y al mismo tiempo modificándome.

Son escenarios que ya están allí cuando yo hago mi aparición y que continúan cuando me retiro.

Escenarios que son juegos, que son reglas, que son Gestalten, estructuran mi psiquismo, mi personalidad.

Por supuesto, no se trata del significado habitual de “juego” como algo puramente lúdico, aunque no excluya el placer del ejercicio de las reglas que identificamos con la noción de juego. Aunque sepamos que los juegos para los niños son algo muy serio.

El significado de los juegos de las reglas abarca desde éstos, hasta aquellos en los que se genera la producción material y simbólica de la sociedad. Desde los más triviales, a aquellos esenciales para la vida humana, hasta aquellos en cuya consecución se compromete la propia existencia.

Voy por la vida con la carga de estas reglas que construí, casi sin quererlo, al circular por los escenarios. Voy por la vida y paso de escenario en escenario.

Mi paso por ellos sigue una secuencia pautada, casi siempre previsible, no azarosa.

¿Cómo construí mi itinerario por los escenarios? ¿Cómo llegué a cada uno de ellos?

A algunos, llego por la fuerza de los hábitos que me inculcaron desde mi más temprana infancia.

En otros, el poder me incorpora, forzosamente, mediante ceremonias más o menos coactivas.

Otros los elijo.

A otros llego de manera casual.

Una vez en ellos, me inserto en una tradición que tiene peso propio, y que me atrae, me limita en mi libertad de entrar y salir de ellos, de adoptarlos o dejarlos -me habitúan- con el encanto de las seguridades de su juego, y la imposición de los otros actores.

Puedo rebelarme -y de hecho lo hago-, contra sus reglas, para cambiarlas o desecharlas por completo, no sólo para continuarlas. Puedo abandonarlos.

No me es indiferente por cuales escenarios circulo. No soy un extranjero de la vida que pasa impávido por ellos. Ni siquiera me son intercambiables los múltiples escenarios de la vida cotidiana.

No soy el producto ciego de factores irracionales o azarosos. Soy un producto de mis aprendizajes y mis decisiones, de mis deseos.

Algunos de los sistemas de reglas me son particularmente valiosos. En su aprendizaje y en su ejercicio comprometo un enorme esfuerzo. No las utilizo como un diletante. Las tomo, las

hago más, las modifico, y produzco con ellas algo que lleva mi sello, algo que soy yo, mis reglas, mi proyección en el mundo. Ejercerlas, exteriorizarlas, son mi pasión. En su escenario privilegiado transcurre mi proyecto vital.

Algunos de los escenarios -lo vimos- están íntimamente entrelazados, al punto que pudiera decirse que forman parte de un único escenario y un único juego, fraccionado en otros. A veces, en un mismo escenario distintos jugadores juegan juegos distintos. En otras, *ven* juegos distintos.

En ocasiones, cuando entro en un escenario nuevo de un juego que frecuento -y quizás por esta circunstancia de no habitualidad-, tengo la súbita intuición, provocada por la escenografía, o por los personajes, o las situaciones, que me encuentro en el medio de un juego distinto. Que esos elementos, cuya percepción pone en movimiento la maquinaria de otro juego de reglas, pertenecen a un mundo distinto del cotidiano. Son parte de la escenografía, los personajes o las situaciones de relatos míticos -pequeños, no grandes relatos, quizás a veces sólo personales-. Un juego que se juega en la fantasía, en la imaginación. Mi rol secreto se superpone con el rol manifiesto del escenario social, y satisface anhelos íntimos que me mueven a permanecer en él.

Quizás esto suceda en todo escenario, y ese vislumbrar ocasional sea una puerta entreabierta hacia la dimensión simbólica y mítica que la sociedad genera constantemente, asentada también en mitos anteriores, en tradiciones mitológicas, para otorgar un premio -o un castigo- extra a quienes juegan los otros juegos.

Pensemos, una vez más, en mi experiencia con los dibujos de Cuevas, y en mi aprendizaje de las reglas que gobiernan su peculiar mundo artístico.

No hay dudas de que se trata al menos de varios escenarios distintos, para jugar el gran juego del arte, con reglas comunes, pero también con peculiaridades que hacen a distintos comportamientos.

Existe uno en el que entro al escenario de la exposición, luego otro en el que se produce la obra. En uno soy espectador aficionado al arte, en el otro comienzo a ser iniciado en los secretos de producir arte. En otro podría montar la exposición.

Artista, aprendiz, aficionado, museógrafo. Distintos roles. Probablemente también fui aprendiz de aficionado, cuando me llevaron por primera vez a una exposición, cuando me hablaron de arte, cuando me mostraron libros de reproducciones. Como aprendiz, hablé de arte con otros aficionados, mostré libros, intercambié opiniones sobre obras, artistas, exposiciones. Todavía lo sigo haciendo.

Pese al solipsismo de algunas de mis reflexiones, ninguno de estos roles los juego solo. No soy un consumidor solitario de arte. Hablo e interactúo con aficionados, con aprendices, con museógrafos y galeristas, con artistas. En cada uno de estos niveles interactúo con los que se encuentran en la misma capa de jugadores, y con los que se encuentran en otras capas.

No puedo interpretar ningún rol sin otros, no puedo aprenderlos sin otros, carecen de significado sin otros.

Solo, no puedo siquiera imaginarlos. Cuando inicié mis reflexiones con la visita a la exposición, no era todavía consciente de que había sido introducido en la afición del arte por mis interacciones con otros -aficionados o profesionales-, jugando formas rituales, de iniciación al juego.

Una vez iniciados, las interacciones consagran los lugares legítimos del escenario contribuyendo a su encanto, puesto que así cada uno es reconocido en su sitio y en su rol por lo otros. Quienes portamos un mismo sistema de reglas, al encontrarnos, nos distinguimos por pequeños indicios, e iniciamos alguna forma de nuestro juego.

Toda la sociedad, al igual que mi psiquismo, consiste en múltiples escenarios. De la fábrica, de la escuela, del club de fútbol, de la universidad, del sindicato, de los egresados de la secundaria, que igualmente son subconjuntos unos de otros, se intersectan o permanecen ajenos, y finalmente, el gran escenario de la vida cotidiana, que los cubre a todos, y los alimenta a todos, y en todos aparece, puesto que en cada uno de los otros actuamos también las reglas de la vida cotidiana, imbricadas a las propias de los escenarios especiales.

Un mundo social y un psiquismo igualmente complejos, irremediamente fragmentados y contradictorios.

Si observamos a los sistemas de reglas a la manera exclusivamente antropológica, todos los escenarios son equivalentes, igualmente valiosos.

No hay allí tradiciones privilegiadas. Es tan válida la poligamia de los mahometanos, como la monogamia cristiana, o la unión libre del laicismo occidental, la ciencia como la superstición, la guerra como la paz. Los escenarios son puesto en el mismo nivel, ocultando su ordenamiento jerárquico, mezcla de su historia y de las imposiciones desde el poder, que los subordina a sus necesidades.

Es necesario mirarlos desde un sistema de reglas en el que desaparezca la neutralidad valorativa, y les asigne lugares en función -en primer término- de la mejor adaptación de la especie a su desenvolvimiento histórico -que no a su mero nicho biológico-. En él tienen lugar el respeto a la diversidad, el libre intercambio entre las tradiciones culturales, la creatividad, la necesaria solidaridad entre los grupos que practican una misma y diferentes tradiciones. En él se excluyen únicamente los sistemas de reglas que los inhiben.

Es la visión desde un sistema de reglas que establece las reglas para cualquier comportamiento posible.

Juego en cada escenario con todos mis sistemas de reglas -con todas mis fuerzas-, lo que facilita que mi rol sea específico, igual, y a la vez distinto de todos los otros roles.

Eso mismo sucede en cada uno de los escenarios en los que actúo.

Arrojo mis reglas como si fueran redes hasta ver cuál le calza mejor, y entonces juego el juego que le corresponde. Si no encuentro entre mis reglas una adecuada, juego el juego del sentido común, que es coherente con todos.

¿Existe un cemento que une cada uno de los roles para que sea yo mismo, único, reconocible para mí mismo y para los otros, en esta Babel de escenarios por la que me desplazo, dado que no puedo ser únicamente una mezcla dosificada de sistemas de reglas?

Pienso en mi aspecto físico y mis características psíquicas -mi carga casi genética relativamente constante en tiempos y escenarios distintos-. Pienso en mi infancia, que me proveyó de reglas tan elementales, tan comunes y asimismo tan propias de cada familia, sobre las que se depositan en estratos las siguientes, modulando de manera característica y segura mi aproximación a las reglas de cada escenario.

Y sobre todo, pienso en mi proyecto vital, hacia el que convergen una y otra vez mis vagabundeos, dando unidad a los roles y funcionalidad a los escenarios. Mis sueños, mis fantasías.

Si recapitulamos lo expuesto hasta el momento, vemos que he pasado sucesivamente, de hablar de sistemas de reglas, a hablar de juegos y escenarios en los que se aplican. De las reglas individuales, a las reglas comunes, que crean y emplean colectividades de jugadores en los distintos escenarios, íntimamente entrelazados en su afición y profesionalidad a actividades productivas reales o simbólicas. Del individualismo, a las comunidades. Del juego solitario, a la solidaridad para mantener el juego, que es la propia vida.

He mostrado las relaciones de los sistemas de reglas, que hacen de ellas una sociedad, es decir, un sistema amplio, más vasto de reglas.

Desde que vislumbré su existencia, oscilo permanentemente entre pensar que únicamente existe esto, un sistema de reglas que en ocasiones son ajenas unas de otras, en ocasiones se superponen parcialmente, unidas por el único cemento del sentido común, o a pensar que hay un sistema privilegiado que hace a todas ellas subsistemas suyo.

El primer camino lleva a una multiplicidad de escenarios, unidos por un sentido común que también se me fragmenta en subsistemas separados o encastrados, si pensamos en los distintos sentidos comunes que hay en cada poblado, en cada provincia, en cada país, en cada región, enlazados por la pequeña base compartida que produce un sistema escolar, un sistema comunicacional, un Estado comunes.

La época histórica lleva los vientos a la diversidad irreductible de todo lo social y a la tolerancia hacia esa diversidad.

El segundo camino transita los conocidos unificadores que son los modos de producción, las ideologías, las religiones, que ya nunca más pueden pensarse únicos, ni siquiera como perspectiva ideal.

Ni sentidos comunes, ni grandes relatos únicos.

¿No habrá entonces nada entre los hombres, nada que los hermane, nada que nos lleve a sostener -racional, justificadamente- la solidaridad, de tal manera que no sea una simple compasión que utilizaríamos con los animales?

¿El conocer la existencia de las reglas nos lleva al divorcio inexorable entre los distintos escenarios y sus jugadores?

Sé, sin embargo, que por debajo de los sentidos comunes fragmentados existe una base común para todos los hombres, dada por nuestra condición biológica, y por la posesión común de las reglas básicas con las que se construyen los juegos.

Sé que existen también juegos que todos compartimos desde el neolítico, y que nos hermana en los conocimientos, habilidades, percepciones, simbolismos comunes de un entorno en el que existe naturaleza, agricultura, animales domésticos, ciudades, estados. Y quizás aún desde antes, en el nomadismo primario.

No subordinan a los sentidos comunes regionales de nuestros días, mas le marcan las tradiciones iniciales a partir de las cuales se construye todo otro desarrollo, soldando a la humanidad en un haz biológico y cultural básico.

Son una herencia cultural compartida, fruto de las mismas posibilidades y los mismos retos, que extiende un fundamento para la comprensión mutua.

En el pasado, atrás en la vida y la historia, encontramos las raíces de la solidaridad que se nos escapaban.

Hacemos, sin embargo, una apuesta más arriesgada.

La de forjar un casi improbable sentido común planetario que nos espere más adelante en la historia, producto de la globalización productiva y comunicacional de nuestros días.

Un sentido común que conserve el interés y las pautas solidarias que exigen los sistemas de reglas para su funcionamiento, garantía de un desarrollo armónico de la humanidad, en el que las diversas tradiciones culturales no desaparecen sino que se enriquecen al fertilizarse mutuamente cuando interactúan.

A esto tiende mi proyecto -hermano de otros proyectos- en otro escenario, uno apenas mencionado, pero sin embargo central. Es aquél en el que se fijan -consensuadamente- las reglas para todas las reglas posibles.

Las reglas, y nuestros sueños, nuestros proyectos, harán, de una manera práctica, perceptual, mitad meditada, mitad inconsciente, nuestro futuro común.

Hemos pasado de unas experiencias -algunas casi íntimas, otras brutales- en una exposición o en un campo de concentración, a pensar en los sistemas de reglas.

Las reglas viven a través nuestro. Las reglas existen para que el juego las exteriorice en los objetos -materiales y simbólicos- cuya creación y circulación son la esencia de los juegos. Las reglas encarnadas circulan entre quienes las portamos. Al producirse, cambian. Al circular, cambian. Al crearse, circular y cambiar, reproducen y amplían la vida en sociedad. Satisfacemos con ellas -regladamente- nuestro instinto gregario. Por ellas, y en sus escenarios, encontramos amistad, amor, sexo, trabajo, alimentos.

Las hacemos, pero es cierto que también nos hacen, y hacen el mundo que nos rodea.

Ellas gobiernan los innúmeros escenarios del mundo. Los de los objetos de consumo, pero también los mundos del arte, de los sueños, de la fantasías. Gobiernan, también, otro mundo posible, el de la utopía, si encarna en vastas comunidades.

Si es así, entonces ese mundo esperado podrá ser también un escenario de los sistemas de reglas.